



De cara al mito

Fotografías
de una vida

LA OTRA PASIÓN DEL CHE

La vida del más grande revolucionario, delante y detrás de la cámara

Desde las fotos familiares cuando era niño hasta su irrupción como ícono mundial, Ernesto Guevara mantuvo una relación intensa y permanente con la fotografía. Y no sólo fue como modelo: también trabajó como fotógrafo, un oficio que amó y cultivó.

Abel Alexander
investigador fotográfico

Ernesto Guevara de la Serna, el Che, es uno de los personajes más célebres y fascinantes del siglo XX. Médico, deportista, viajero, revolucionario, militar, funcionario, político y diplomático, durante buena parte de sus vertiginosos 39 años de vida también atesoró una faceta poco conocida: su profundo interés por la fotografía.

Antes de comprar su propio equipo, el Che estuvo expuesto desde su nacimiento a múltiples cámaras. Observando estas primeras imágenes del futuro revolucionario, nos llama la atención que entre ellas prácticamente no estén los clásicos retratos familiares posados en la galería de un estudio profesional —tan típicos de la época en los hogares de clase media alta, como el suyo— sino que son tomas de exteriores realizadas a veces por los típicos fotógrafos de plaza o "minuteros". En ellas se ve a Ernesto de bebé y de niño solo, con sus hermanos amigos; en Alta Gracia —donde su familia se mudó cuando él tenía dos años para salvar sus riquezas de la desamortización familiar cercana a Baradero, en Mar del Plata— en las casas de sus parientes en Recoleta. De su paso por la facultad de Medicina de la UBA se conserva en la colección del doctor César Goya la fotografía de una clase de anatomía de 1948, en la que el futuro Che Guevara sonríe frente a la cámara ante el cadáver ya preparado para el estudio de los futuros médicos. Hasta ese momento, ningún talento fotográfico ha enfocado sobre su figura.

Fue en 1953, durante su segundo viaje por Sudamérica, cuando el Che Guevara se asomó por primera vez al fascinante mundo de la fotografía. En La Paz, donde residía en forma temporal, conoció al fotógrafo alemán Gustav Thörichen, un sensible artista que lo impresionó tanto como para volver aquella impresión en su Diario de viaje. Con 47 años, Thörichen se encontraba en Bolivia realizando diversos proyectos por cuenta del gobierno revolucionario de Víctor Paz Estenssoro, y por esos días exhibía sus mejores fotos. "Gustavo Thörichen es un gran artista como fotógrafo", escribió Ernesto. "Tuve oportunidad de ver su manera de trabajar. Domina una técnica sencilla subordinada íntegramente a una composición metódica que da como resultado fotos de notable valor". La relación entre ambos debió ser fructífera, pues Guevara lo acompañó a fotografiar varios lugares en las afueras de La Paz. En enero de 2001, el periodista Rogelio García Lupo afirmó en Clarín que "el impacto que las imágenes del alemán le produjeron en cuanto las vio sólo quedó asentado en el Diario como que influyó en su

propio proyecto de vida, a tal punto que antes de dos años, cuando llegó a México huyendo de la represión anticomunista en Guatemala, lo primero que hizo fue comprar una cámara fotográfica de la cual vivió algún tiempo".

El 21 de septiembre —día en que en la Argentina se celebra el día del fotógrafo— de 1954, Ernesto arribó a la ciudad de México, junto a Julio Roberto Cáceres Valier, "El Panjito". Tienen que ganarse la vida, y es entonces que nuestro personaje se decide a trabajar en el campo fotográfico. Lo contó el mismo Che: "El Panjito no tenía ningún dinero y yo algunos pesos, compré una máquina fotográfica y juntos nos dedicamos a la tarea clandestina de sacar fotos en los parques, en sociedad con un mexicano que tenía un laboratorio donde revelábamos. Conocíamos toda la ciudad de México, caminando de una punta a la otra para entregar las malas fotos que sacábamos". En noviembre le escribe a su madre en la Argentina: "la fotografía sigue dando para vivir y no hay esperanzas demasiadas sólidas que deje eso en poco tiempo".

En una entrevista realizada por Jorge Timossi al espías Rafael del Castillo en su pequeño negocio de fotografía, este refugiado político recuerda el paso del Che por su Foto Taller: "Según me dijo, él venía de Guatemala con unos periodistas y quería trabajar en el campo que necesitaba para ganarse el sustento de una cámara sin ningún compromiso. Él día que tuvieran dinero me la iba a pagar como pudiera. Empezó a tomar fotos y venía a diario a que le revelaran las rollos que había tirado en fiestas o por la calle. Cada semana me daba cierta cantidad de dinero para irme pagando el equipo. Hicimos amistad, se veía inteligentemente sobre todo muy bien educado. Un día me dijo que era doctor. La primera cámara que le di fue una Retina de 35 mm".

Se sabe que Guevara tomó fotografías de las ruinas de Uxmal, Chichén Itzá y en lugares como Mérida, Yucatán y Veracruz, y que en algún momento barajó la posibilidad de abrir su propio negocio fotográfico en la capital azteca. Entre el 12 y el 26 de marzo de 1955 se llevaron a cabo en la ciudad de México los II Juegos Deportivos Panamericanos, de los que Argentina participó con 186 atletas. Pese a esos días y en forma casual —viajaban en el mismo trainee— Guevara conoció al doctor Alfonso Pérez Viquez de la Agencia Latina de Noticias, quien siete años después lo acompañó a viajar a la zona de su actividad, lo contrató para cubrir los juegos. El Che trabajó intensamente como cronista, guía de la delegación por la ciudad y fotógrafo, cubriendo con su amigo "El Panjito" las diversas (y justas) deportivas, revelando y copiando

Entre selvas y montañas el argentino carga su cámara de 35 milímetros. Y se produce, ahí y entonces, la impresionante metamorfosis fotográfica de su vida.

todo el material diario. Si bien recibió algún adelanto, finalmente la agencia le cerró el Che nunca terminó de cobrar sus fotos.

Poco después Guevara conoció a Fidel Castro Ruz, su hermano Raúl y un grupo de exiliados políticos cubanos que integraban una célula insurgente, junto a quienes cayó detenido el 24 de junio de 1956. El fotógrafo mexicano Cándido Mayo tomó una serie de fotos del Che y Fidel. Son las primeras en que se los ve juntos. Habría muchos más: el 2 de diciembre de 1956, el yate Granma llegó a la costa de Cuba cargado con 82 revolucionarios. Dirigían la expedición Fidel y Raúl Castro, Camilo Cienfuegos y Ernesto "Che" Guevara, en su doble condición de médicos combatientes. Luego de un complicado desembarco entre manglares y pantanos, la revolución gobernamental asió y sólo una veintena sobrevivieron para internarse en la Sierra Maestra e iniciar la lucha guerrillera. Comenzaba así otra etapa fotográfica en la vida del Che.

Entre selvas y montañas el argentino carga su cámara de 35 mm, con resistente funda y correa de cuero, convirtiéndose en un especial reportero de guerra. Y se produce, ahí y entonces, la impresionante metamorfosis fotográfica de su vida: ya no es el esforzado estudiante universitario o el ignoto viajero. Su posición en la cúpula de la guerrilla más buscada por la prensa internacional lo convierte de repente en una figura pública que todos los medios se disputan. El impacto mundial que causan la estampas y el discurso del Che es gigantesco, y trasciende la esfera política: desde que su retrato con uniforme de combate comienza a publicarse en los principales medios del mundo, se inicia un fenómeno muy especial alrededor de aquel guerrillero joven sudamericano: miles de jóvenes se sienten fuertemente atraídos por este hombre idealista de aspecto sumamente atractivo y sexy.

Los fotógrafos de todo el mundo peregrinan hasta la selva para retratar a los guerrilleros. Entre ellos, Tino Martínez fue protagonista de una anécdota que refleja la pasión del Che por la fotografía: "a fines de la guerra contra Batista subí al Escambray. Me instalé en el campamento del Che. Me dio una cámara que había traído de la Sierra Maestra en muy mal estado, sucia, para que se la arreglara (¡No te quedarás con ella!", me preguntó. "Si está buena, ¡lo mejor!", le respondí). "La traje para la Habana. Triunfó la Revolución y un día fui a fotografiarlo al Ministerio de Industrias. Un grupo esperaban afuera, en el pasillo, saludó la oficina y delante de todo el mundo me dijo: "¡Chorro, me robaste mi cámara!".

El 3 de enero de 1959, dos días después de que el



En la Plaza de la Revolución. El 2 de enero de 1964, Lectorio Novak fotografió al Che empujando su cámara con teleobjetivo. Sin soltar su inapreciable puro, claro.

dictador Fulgencio Batistay su familia huyeron de Cuba, arriba triunfante a la La Habana el ya mítico Che Guevara. Las agencias de noticias enviaron a sus mejores fotógrafos para obtener la ansiada foto de aquel energético barbaudo que encendió la imaginación de la juventud mundial. A partir de entonces y desde sus diversas funciones públicas, el Che construyó una compleja relación de fotógrafo a fotógrafo con sus colegas cubanos: entiende perfectamente el trabajo de estos hombres de prensa y los secretos de una profesión que exige talento, velocidad de acción, sentido de la oportunidad, coraje para superar escollos y un estado de alerta permanente. Como ejemplo de esta camaradería, frente al reportero Guillermo Fernando López, quien dijo que "no hay muchos fotógrafos chinos, cubanos, ni López, así que se llamaron Chinolope", sucedió lo que López admite con placidez.

Lectorio Novak, una leyenda de la fotografía cubana que falleció el mes pasado, recordaba algunos anécdotos con relación al Che: "Fue el 26 de febrero de 1961 en el Reparto Martí. Yo trabajaba para el periódico Revolución. Ese domingo me mandaron a foto graficar al Che en un trabajo voluntario. Cuando llegué, el argentino me preguntó qué hacía allí. Tomar fotos, le contesté. Entonces me pidió que colgara la cámara y lo ayudara a llenar las caretas. Así estuvimos todo el día. Sólo me dio diez minutos para hacer mi trabajo". Fue Novak quien el 2 de enero de 1964 registró al Che en la Plaza de la Revolución, junto a su cámara con teleobjetivo, imagen que ilustra esta página.

Otro cronista gráfico del Che fue Rogelio Andrés Torres, quien registró su afición al plajeaje o una concentrada parida de sándwich en 1962, durante un descanso en la dura jornada del trabajo voluntario. Raúl Corral Varela (Corrales) provenía de una familia obrera campesina, y desde que se inició en la fotografía puso su cámara al servicio de los desprotegidos. Al triunfar Castro se convirtió en un cronista de la revolución, que notó los sucesos notorios del Che a los primeros pasos. Ernesto Fernández, un destacado fotoperiódico político, se valió de una arminista para poder realizar algunas tomas del Che trabajando en la zafra de la caña de azúcar. "Entre al catafalco hasta que lo encontré, con su uniforme verde olivo y un sombrero de gaucho. Le dije que tenía una cámara Leica con la que nunca había trabajado, que se me había trabado y no sabía cómo arreglarla, que si podía ayudarme. Tomó la cámara y, por supuesto, funcionó perfectamente. Me comentó sobre la calidad del equipo y siguió cortando caña. Le dije si podía tomarle algunas fotos para probarla cámara y

estuvo de acuerdo". Una de estas fotografías ilustró el billete de \$200 que circuló en Cuba hasta 1989.

En septiembre de 1959, el Che había sido invitado a una entrevista en la televisión de La Habana. El evento fue cubierto por la cámara del cubano Raúl Carreras, quien al siguiente día le entregó una cantidad considerable de copias de 8 x 10 centímetros. Guevara lo mandó llamar de inmediato, y tirando las fotos sobre el escritorio, le dijo: "Las fotos están bien, ¿quién está mal de vos? ¿Para qué tantas fotos? Aprenda a no desperdiciar los medios del Estado. No seas 'guacaca' (derrochador)", le dijo. Osvaldo Salas Merino fue otro de sus iconógrafos recurrentes, y no debemos olvidarnos de uno de los registros más famosos, realizado por el gran fotógrafo suizo René Burri, quien en 1963 lo retrató en su despacho de ministro de Industria fumando su inseparable puro, emblemática fotografía publicada en abril de ese año por la revista Look.

Hacia 1960, frente a las crecientes tensiones con Estados Unidos y los exiliados cubanos en Miami, el gobierno de Fidel Castro compró un carguero de armata Bélgica. El embarque arribó a La Habana a bordo del navío francés "La Coubrre". El 4 de marzo, mientras se descargaba el armamento, una tremenda explosión fructo de un sabotaje sacudió los muelles habaneros y mató a 136 personas. Al día siguiente, el gobierno cubano realizó un gran acto de repudio. Las autoridades revolucionarias se encontraban en el palco, desde el cual Fidel pronunció su famosa consigna "Patria o Muerte". A poca distancia, cubriendo el acto para el diario República, se encontraba uno de los más talentosos fotógrafos cubanos, Alberto Díaz Gutiérrez, más conocido por su seudónimo artístico de Korda. El Che se encontraba en la misma tarima, cuando Korda con su cámara Leica observó que daba un par de pasos al frente para mirar a la multitud. "Cuando lo enfoco a él tengo la visión del lente de 90 milímetros, observo esa expresión que tanto me conmovió. Lo tengo en el objetivo. Aprieto el obturador, tiro una primera fotografía, doy vuelta la película -la cámara era manual- y descubro que aquella expresión era muy buena, que ahí tengo un retrato. Pongo la cámara en posición vertical y tiro un segundo negativo. Estoy virando nuevamente el rollo, cuando levanto la vista y el Che ya no está. Todo ocurrió en medio minutos", recuerda.

Esa noche, en el laboratorio, eligió este último negativo y encuadró el rostro del Che, para lo cual utilizó el hombre de perfil que se encuentra a la izquierda y una palmera a la derecha. La cabeza del comandante se encuentra algo difuminada, rodeada por la luz (pare) y surge de una tarde fría y nublada.

Como buen apasionado por la fotografía conocía perfectamente el inmenso valor político que tenían las imágenes. Mientras, también sacaba sus fotos.

Presentó esa toma a sus editores, pero no los convenció al archivarlos. Pasaron los años, y en el verano de 1967 el editor italiano Giangiacomo Feltrinelli visitó el estudio de Korda para buscar fotos del Che: el artista le obsequió dos copias 30x40 en papel brillante del aquel retrato. Pocos meses después, en octubre, maran a Guevara en Bolivia Feltrinelli imprimió la emblemática fotografía en un millón de afiches de 1 metro por 70 centímetros. El resto de la historia es conocida: aquel dramático retrato de 1966 se convirtió en la representación misma del mito guerrillero. La imagen de la vuelta al mundo se multiplicó por millones en pancartas, afiches, publicaciones, pintadas callejeras, estandartes de lucha. Según los críticos, "Guerrillero heroico" se encuentra entre los diez mejores retratos de la historia de la fotografía, y se considera la foto más reproducida del mundo. Korda nunca cobró un centavo por ella, en línea con sus convicciones revolucionarias de que dicha imagen multiplicaba el mensaje de aquel que había defendido su vida en pos de sus ideales. Sólo accedió judicialmente contra una conocida marca de vodka que usó la imagen en sus botellas: ganó el juicio por \$0.000 dólares y los donó a Cuba.

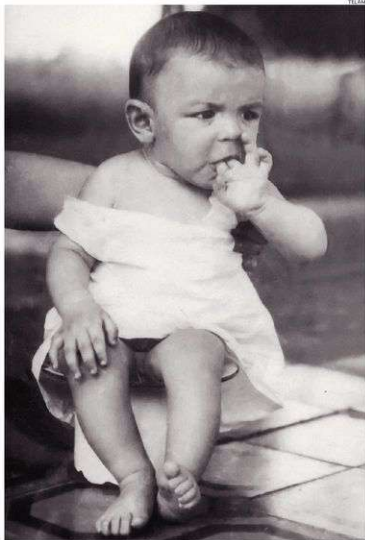
En sus años como funcionario, el Che fue un verdadero "blanco móvil" para los fotógrafos que lo immortalizaron en las más diversas situaciones, poses y compañías. El los debía hacer: como buen apasionado por la fotografía -además iba llevando colgada al cuello su cámara de 35 mm.-, conocía perfectamente el inmenso valor político que tenían las imágenes. Mientras, también sacaba sus propias fotos, tanto en Cuba como durante sus giras diplomáticas. Y por supuesto, tampoco descuidaba las imágenes familiares: cuando Víctor Maza, corador de una excelente muestra sobre Guevara, se entrevistó en La Habana con su hija Aleida, ella le mostró varias cajas de zapatos llenas de fotografías tomadas por el Che.

Sus últimas fotos las tomó durante la campaña revolucionaria en la selva de Bolivia -el mismo país donde Thérèse lo había deslumbrado- y se hicieron conocidas luego de que los oficiales bolivianos que lo capturaron vieran los negativos. Para entonces, el Che ya había llegado al final de su iconografía fotográfica: la cámara de Freddy Albora había registrado para la Historia su cuerpo bañado y tendido con los ojos bien abiertos sobre una camilla de la lavandería del hospital de Vallegrande, donde los militares del Ejército boliviano lo trasladaron luego de su ejecución en La Higuera el 9 de octubre de 1967. Era las últimas imágenes del revolucionario, las primeras del mito.

SUS PRIMEROS AÑOS

Infancia nómada, juventud inquieta y el oxígeno escaso

Nació en Rosario, se refugió del asma en las sierras de Córdoba y quiso ser médico para curar los avatares de su indómita respiración.



Dedos de chupete. Aquí comienza una vida de 39 años con destino de leyenda. De bebé, en Rosario, en 1928.

En el aire que lo recorre hay secretos de su semblanza. La humedad de las plantaciones de yerba mate de Misiones envuelve el embarazo de su madre Celia y la bruma del río Paraná, en Rosario, hace lugar a un puerto que estaba planeado para Buenos Aires. El nacimiento de Ernesto Guevara, en 1928, marca el comienzo de una vida abrupta, movetiza, viajera, fotogénica, sin oxígeno, violenta, implacable, misológica, cruel.

Entre barrios acomodados de la Capital Federal y la ciudad misionera de Caragatay transcurren los primeros años de un niño que viaja en barcos a vapor y era llamado Ernesto o Teté.

A los dos años, sus bronquios se obstruyen. La respiración se hace brava y la búsqueda de una cura para el asma obliga a su familia a trasladarse a Córdoba, en busca de aire puro. Once mudanzas se acumulan, no hay raíces, el paisaje es movimiento y el corre, juega, monta un burrito en Alta Gracia, junto a su hermana Celia, nunca se detiene.

Se asoma a una galería de cara a la arboleda, se sienta y sus tibias se haman debajo del bermudado. Quizás ese momento en las sierras se convierta algún día en un instante moldeado en bronce, quizás allá, muchos años después, Fidel Castro se saque la última foto fuera de Cuba.

Ernesto toma mate, lo lleva en la sangre desde su gestación, en los yerbatales. Los ataques respiratorios lo tumban, pero él se vuelve a levantar. Córdoba, Alta Gracia, Villa María, es "cordobés" durante 17 años, desde el comienzo de la Década Infame hasta 1947, cuando gobernaba Juan Domingo Perón.

Empieza tarde la escuela, directamente en segundo grado, por sus problemas de salud. Lleva lápices, cuadernos y un broncodilatador, para sortear emergencias.

La agitación de su pecho tiene un costado bueno: los días postrado lo convierten en incesante lector, en ajedrecista de mirada helada, en viajero a través de Julio Verne, en escudriñado escapista de cualquier asfíxia.

Los días postrado lo convierten en incesante lector, en ajedrecista de mirada helada, en viajero a través de Julio Verne, en escapista de cualquier asfíxia.

Es en su casa donde los chicos toman la merienda, después del fútbol. Ernesto se conmueve al escuchar historias de supervivencia de sus amigos más pobres, que a veces no tienen para comer.

En la secundaria, no participa en política, estudia, planea ser médico, quizás para encontrar la píldora mágica contra el asma.

Se enamora, escribe, usa el cuello de la chomba por afuera del pulóver, a los 17 años se pone una corbata, asumiendo su primer trabajo en la Dirección de Vitalidad cordobesa, biógrafos dicen que participa de la construcción de un camino.

Casi hasta que se produce la muerte de Eva Perón, en 1952. Ernesto vive en Barrio Norte, a pocas cuadras de la Facultad de Medicina, donde aprueba materias, participa de autopsias, toma contacto con la militancia universitaria y se recibe en 1953.

El joven doctor Guevara se especializa en alergias, como esas que lo tienen a mal traer.

¿Cuánto aire juntarán sus pulmones? ¿Cuánta náfia tendrá su tanque para sus deseos de salir al mundo?



CORTESÍA DE CESAR GOTTI



El ceño inconfundible. Ernesto, en brazos de su madre, Celia de la Serna, en 1928, en el amanecer de su vida.

A lomo de burro. En el paisaje serrano de Alta Gracia, cuando tenía cinco años, junto a Celia, la mayor de sus dos hermanas mujeres.

Autopsia. En la cátedra de Anatomía de la Facultad de Medicina, en 1948, vestido con guardapolvo blanco. Está marcado por un círculo, en la fila de arriba.



LOS VIAJES

En balsa, en una moto del 39, con el mundo por destino

Conoció las provincias pobres de la Argentina en una bicicleta con motor. Y recorrió América Latina a bordo de "La Poderosa", la motocicleta que transportó a un mito.



Una bicicleta con motor es suficiente para su primera recorrida por la Argentina profunda. 4.500 kilómetros que lo llevan por Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Jujuy, Catamarca, La Rioja y la región cuyana. Prefiere conocer gente pobre a templos con adornos dorados. La hazaña sale en la revista El Gráfico, en 1950, en un aviso que publica el fabricante del motor.

Se embarca al año siguiente en un petrolero de YPF y sube por el Atlántico, desde la costa austral hasta el Caribe. Como el vapor de su infancia, cualquier navío es bueno para surcar los mares, hasta una balsa de paja si fuera necesaria en un futuro aventurero.

Su lápiz sobre el mapa de América Latina dibuja un anzueto con punta en Buenos Aires, panza en la Patagonia y ascenso por el Pacífico, paralelo a la Cordillera, una huida que de a ratos se parece a la de San Martín. Y allí se lanza, en la moto "La Poderosa", una Norton 500, de 1939, junto a su amigo Alberto Granado. Se bajan nueve meses después, luego de pasar por Chile, Perú, el Machu Picchu, el leprovisorio de San Pablo, a orillas del Amazonas, Colombia y Venezuela.

En 1953 parte otra vez, si viajero sólo puede frenarlo la muerte. Torna el tren a Bolivia, en micro va de Lima a Guayaquil, y de allí a Guatemala, donde huele a revolución. Pasa allí otros nueve meses, otro punto, empapado en un clima de efervescencia política, que lo hace sentir bien.

"Mambo-Tango", balsa que le regalaban médicos y pacientes de un leprovisorio para seguir viaje por el río. La moto y los amigos. Motor frágil, pero capaz de conquistar legañas.

ARCHIVO CLARÍN



DEPORTISTA

Espíritu de equipo, en ámbitos populares o aristocráticos

El fútbol de chico, el rugby y el béisbol después, Ernesto nunca tuvo en cuenta sus problemas respiratorios a la hora de ponerse la camiseta.

En el Club Náutico de San Isidro, Ernesto da brazadas que lo ponen al filo de la bronquitis. Nadador, futbolista de picador, prefiere el rugby para zambullirse en el barro. Es el deporte aristocrático de la época, una forma de ensanchar su pecho y olvidarse unas horas de los espasmos.

En el tercer tiempo, hay comentaristas de algunos que miran a la sociedad desde arriba, pero él disfruta de los amigos que fomentan la confraternidad. Decenas de fotos lo captan sonriendo, apoyado en algún compañero.

En su cabeza no hay más revolución que correr cien metros, esquivar los muros rivales y apoyar la guinda en el suelo.

Se calza las camisetas del San Isidro Club, del Ypoer Rugby Club y del Atalaya Polo Club. Y escribe en la revista *Tackle*, pionera en su materia. Sus crónicas van firmadas con el seudónimo de "Chungche", una broma a sí mismo, porque lo llamaban "Chanche" cuando se mostraba desafiado en su círculo de clase alta.

En Cuba jugó al béisbol. Salía en fotos con el guante de los lanzadores.

Cuando vino esas imágenes, en una reunión en La Habana, el escritor Eduardo Galeano, autor de "Las venas abiertas de América Latina", llamó "traidor" a Guevara, un chiste por su origen rioplatense, de tradición futbolera. "Nadie que me haya llamado traidor sigue vivo", le contestó, entre risas, el hombre que ya era el Che.



El dueño de la pelota. Ernesto, aferrado a la guardia en la formación de su equipo de Rugby, en 1949. **Deporte alternativo.** El béisbol, muy popular en Cuba.



SU VIDA EN LAS MILICIAS

Jefe implacable, ejecutor de su ley

Fue guerrillero en la Sierra Maestra, el Congo y Bolivia. Prefirió la acción militar a los cargos burocráticos. Al despedirse de Fidel Castro, escribió: "Hasta la victoria siempre".

Feliz año nuevo. Los guerrilleros celebran la Bodega de 1958 en plena selva. Hace poco más de un año que iniciaron la lucha, y exactamente un año después la acabaron triunfantes.

Elyate Granma está listo para zarpar, pero Ernesto Guevara está detenido y, ante las autoridades mexicanas, se acaba de confesar comunista y partidario de la lucha armada. Está entrenado para la guerra de guerrillas, su cuerpo ha resistido la instrucción y es un integrante más del Movimiento 26 de Julio. Fidel Castro hace gestiones para liberarlo. El médico argentino se lo agradece con un poema: "Vamonos/ artiliente profeta de la aurora/ por recónditos senderos inalámbricos/ a liberar el verde caiman que tanto amas". Cuba está al otro lado del mar, bajo la dictadura de Fulgencio Batista.

Otra vez un barco, olas rabiosas, un destino incierto. En el Granma viajan Fidel, su hermano Raúl, Camillo Cienfuegos, Juan Almeida, el Che Guevara y 77 combatientes más. Una tardanza de dos días complica los planes. No hay apoyo en la costa, si una celada. Al Che lo roza un disparo en el cuello. A la mayoría los matan.

Hay que insistir, dicen los sobrevivientes, quizás

12, quizás 20.

Cuatro días antes de la Navidad de 1956, vuelven a verne en la Sierra Maestra. Tienen hambre, están débiles. Fidel ordena al Che por desobedecer las armas, le quita su pistola. Los diarios cubanos dan por muerto al argentino, él escribe una carta en código a sus padres para avisar que está bien.

El asma se apodera de su oxígeno y la impiedad, de su comportamiento marcial: lo ven ejecutar a aquellos que su grupo considera traidores. Atiende heridos, los cubre en los repliegues, recruta nuevos combatientes, los hace funcionar cohesionados y son incluidos en la Cuarta Columna. Ahora Fidel lo asciende a comandante de la formación. Y luego lo pone al frente de la Escuela Militar.

En 1958, Batista se desgasta, pero manda 10 mil soldados a la Sierra. Fidel resiste con 280 y vuelve a rearmar fuerzas. Ni un tren blindado que el dictador cruza al paso de los guerrilleros en Santa Clara los detiene. La suerte está echada.

Batista abandona Cuba y los revolucionarios

El asma se apodera de su oxígeno y la impiedad, de su actitud marcial: lo ven ejecutar a aquellos que considera traidores.

toman el mando en La Habana. Se reparten los espacios de poder, pero no hay pergaminos ni cargo burocrático que dejen quieto al argentino.

Cree que es tiempo de internacionalizar la revolución y, en 1965, va al África a promover experiencias de agitación. Le escribe a Fidel un renglón que viajará por el tiempo: "Hasta la victoria siempre".

Llega a Tanzania bajo el nombre de Ramón Benítez y, como puede, comienza a adiestrar a rebeldes desorganizados y sin apoyo claro de los jefes rebeldes locales. La intención fracasa.

En sigilo, viaja a Praga y se queda cinco meses, como paso previo a su llegada a territorio boliviano. Se pela, se pone anteojos gruesos, se tinte a los costales y es otro hombre en la foto del pasaporte a nombre de Adolfo Merlo, con el que entra a Bolivia. "Crear dos, tres... muchos Vietnam en la conigna", se entusiasma, mientras los cazadores militares huelen sus pasos, se envalentonan, confían en que el plomo pueda acabar con el mito. Ya no es asma lo que queda, ya casi no hay más aire.



Guerrilla naciente. 8 de octubre de 1957. Fidel Castro y Ernesto Guevara conversan en un alto de su caminata en la selva de la Sierra Maestra. Es una de sus primeras fotos en Cuba.

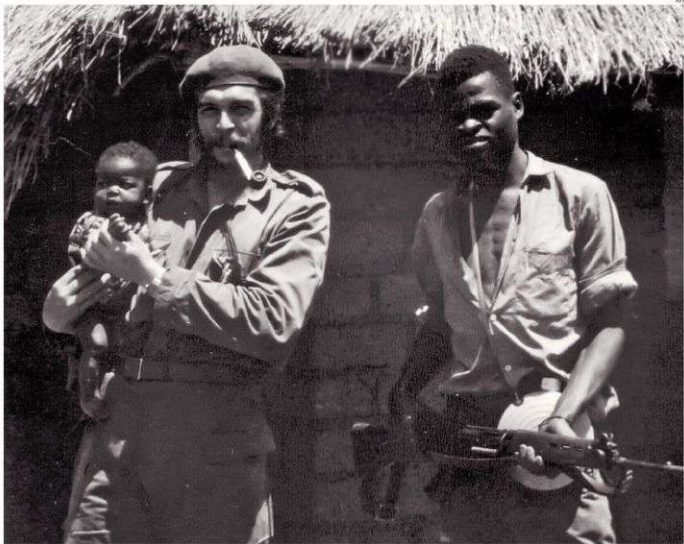
ARCHIVO CLARIN

Barba, boina y pipa. En los primeros tiempos de la campaña guerrillera de la Sierra Maestra, el Che adopta la pipa como compañero. Más adelante se pasará al habano.

Cuba libre. Foto inédita: 1 de enero de 1959. La revolución triunfó en La Habana. El Che está en Santa Clara, con el brazo enyesado y el fusil a mano.

OFICINA DE ASUNTOS HISTÓRICOS DE CUBA



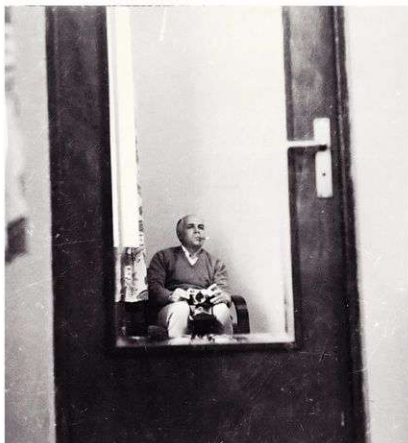


El bebé y el fusil. En África, 1965. Guevara alza a un chico descalzo, mientras un soldado de la guerrilla congoleña sostiene el arma y posa su dedo índice sobre el gatillo.

Cigarro y papeles. 1965. En pleno campamento de Leopoldville, en el Congo belga, el Che ordena sus apuntes y lecturas que lo acompañan en los momentos de descanso.

Afeitada del día. 21 de noviembre de 1965. Con una máquina Gillette plateada, el Che se saca la barba para cruzar el lago Tanganika y escapar a Tanzania, tras la fallida campaña.





Auto-retrato. La cámara y el espejo muestran a un Che más viejo, probando el camuflaje para disimular su identidad y poder entrar en Bolivia.
Pasaporte falso. Lo usó para entrar en Bolivia, con un alias.
Dos criaturas. Hijos de un campesino, en los muros del combatiente.
Sin barba. Imagen poco conocida del Che tras su llegada a la selva boliviana. Aún luce las canas de Mena, pero viste ropa de combate y porta binoculares.

EL PASO DEL CHE POR EL GOBIERNO CUBANO

Un funcionario más cercano al fusil que al escritorio

Entre 1959 y 1966 presidió el Banco de Cuba y fue ministro de Industria, pero también hizo trabajo voluntario y se encargó de las relaciones internacionales.



Señor ministro. Arriba, una muy poco conocida foto del Che en el ministerio de Industria, en 1963. La imagen es del famoso fotógrafo suizo René Burri, autor de célebres retratos del revolucionario.

De reojo a la cámara. A la derecha, un Che cómplice detecta una de las cámaras que lo enfocan en las calles de La Habana. Detrás de esa, estaba la del autor de esta toma, el célebre Korda.

Fueron muy pocos años, menos de ocho, pero qué intensos. Desde su entrada triunfal a la Habana el 4 de enero de 1959, hasta su partida hacia la campaña boliviana en la que encontraría la muerte, a fines de 1966, el Che desarrolló una actividad frenética como polifuncionario de la revolución, trabajador voluntario en decenas de tareas rurales e industriales, representante del gobierno para las relaciones exteriores o teórico de la práctica marxista.

"Se ganó la guerra, la revolución empieza ahora", dicen que les dijo a sus hombres, cuando ellos le pedían quedarse en Santa Clara a descansar un poco aunque habían sido convocados desde La Habana recién tomada. El 7 de febrero de 1959 el Che es declarado ciudadano cubano "por nacimiento". De inmediato, se dedicó a implementar la reforma agraria y a crear la agencia de noticias Prensa Latina, junto a su amigo el periodista argentino Ricardo Massetti. El 26 de noviembre de ese año

asumió como presidente del Banco de Cuba. El 23 de febrero de 1961, lo nombraron ministro de Industria. Pero el verigo con que Cuba y el resto del mundo iban, escalando sus relaciones lo obligaron a abandonar el escritorio y volver a las armas: el 17 de abril de 1961, un comando de exiliados cubanos apoyados por la CIA intentan desembarcar en Playa Giron, pero son capturados o repelidos en 72 horas.

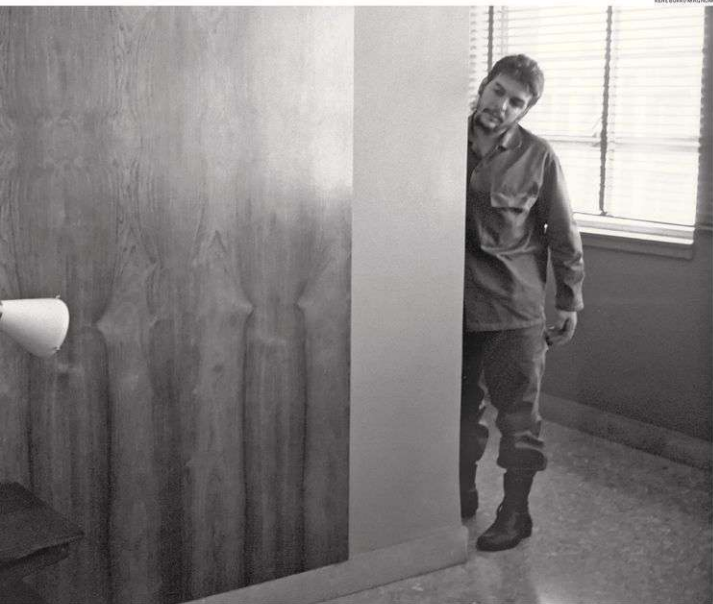
El Che entiende que Cuba debe tejer alianzas pronto para que la revolución sobreviva, y junto a Fidel Castro empiezan a gestar el acercamiento a la Unión Soviética. Guevara toma el papel de vocero internacional de su gobierno. Algunos de los destinos de sus giras políticas lo muestran sumando milas: Pakistán, Grecia, Yugoslavia, Italia, España, Marruecos, India, Birmania, Tailandia, Japón, Indonesia y Brasil. El 5 de agosto de 1961, participó en Punta del Este de la Conferencia de las Américas, y en diciembre de 1964 viajó a Nueva York para participar de la Asamblea General de las Naciones Unidas. En cada foro, en cada entrevista y

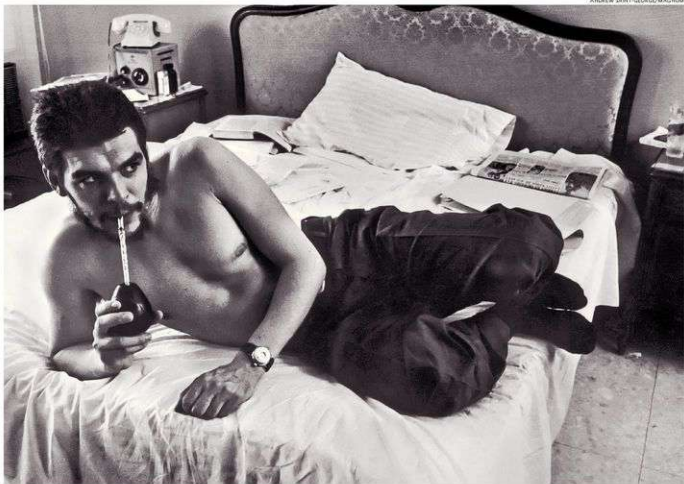
En cada foro y en los sucesivos cuadernos y diarios que acostumbraba a llenar, Guevara iba puliendo su personal adaptación ideológica del marxismo.

en los sucesivos cuadernos y diarios que acostumbraba a llenar, Guevara iba puliendo su personal adaptación ideológica del marxismo, que incluía la multiplicación de focos guerrilleros ("dos, tres, muchos Vietnams") en todo el mundo, y la alianza de los sucesivos gobiernos revolucionarios. El punto cúlmine de esta elaboración teórica fue su "Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental".

Ejercicio con el Papa, en este puñado de años el Che se reunió con casi todos los líderes y personalidades mundiales, desde Mao Tse Tung y Nikita Khrushchev hasta el argentino Ben Bella o el egipcio Gamal Nasser; desde Jean Paul Sartre y su esposa Simone de Beauvoir hasta Pablo Neruda. En dos escapadas secretas, también se reunió con el presidente argentino Arturo Frondizi en 1961 y con Juan Perón en su exilio de Madrid. En medio de aquellas giras intervino su campaña guerrillera en el Congo, y en 1964 lloró la desaparición de Massetti en su fallido intento de crear un foco guerrillero en Salta. El escritorio, otra vez, quedaba vacío.

BENE BURRU/MAGNUM





El sello argentino. Ser ministro no lo alejó de sus costumbres nativas: mate y diarios en la cama.
Como en familia. En Uruguay, el Che fue visitado por parientes y amigos.



La boina que viajó a Córdoba

Punta del Este, agosto de 1961. Como representante del gobierno revolucionario cubano, y a cuatro meses del intento de invasión apalado por Estados Unidos, el Che viaja a Punta del Este para participar de la Conferencia de las Américas. Con la certeza de tenerlo tan cerca de casa y la incertidumbre de poder volver a verlo, varios de sus familiares y amigos viajaron para encontrarse con Ernesto al menos un rato. Entre ellos, su entrañable amigo Carlos Figueroa, a quien había conocido en Alta Gracia cuando tenía once años y había seguido tratando en Buenos Aires durante sus años como estudiante de medicina.

"Papá y el Che eran como hermanos", recuerda hoy Alberto, el hijo de Carlos que ahora vive en Alta Gracia. "La familia del viejo estaba en Buenos Aires, pero veraneaba siempre acá. Un verano papá y Ernesto se conocieron, y esa amistad siguió siempre." En Buenos Aires jugaron juntos al rugby en el club Atalaya, y editaron la revista Tacklé. "Cuando supe que el Che viajaría a Punta del Este no dudé en viajar. Y cuando se encontraron se sacó una foto -que hoy se publica por primera vez- junto a Ernesto, su hermano menor Roberto (con las manos en los bolsillos del pantalón), otro amigo que se llamaba Julio Castro (al lado de Roberto Guevara) y otras personas que no conozco. Supongo que podrían ser la hermana de Ernesto y algún otro. El de la punta derecha es papá, con la boina del Che en la mano. Ese día se la pidió, y ahora la tengo yo", se infla hoy Alberto.



OFICINA DE ASUNTOS HISTÓRICOS DE CUBA



Auto-retrato. A contraluz, tomado por el Che en 1959. En la imagen, Guevara despliega sus conocimientos fotográficos. **Gaucho.** En 1962, a caballo, en una de sus visitas a la granja agroindustrial "Ciro Redondo", en Juvellanos, promovida por él. **Argelia.** El Che llega a Argel. Lo recibe el líder Ben Bela. **Zahero.** En 1963, era ministro y trabajador voluntario. **Un barbucho en Nueva York.** Diciembre de 1964. En la sala de espectadores del Consejo de Seguridad de la ONU, escuchando el discurso del embajador estadounidense Adlai Stevenson. **En los detalles.** El Che, frente a un tablero de comando. **Marcha contra el sabotaje.** En 1960, junto a Fidel, Osvaldo Dorticos y otros líderes, en repudio a la explosión del "Coubert".

LA VIDA FAMILIAR DEL REVOLUCIONARIO

Mil mujeres, dos esposas y cinco hijos lo amaron con generosidad y abnegación

Tras varios romances juveniles en Argentina, el Che se casó en 1955 con la peruana Hilda Gadea y en 1959 con la cubana Aleida March. Tuvo cinco hijos, a quienes educó con mucho amor y la exigencia de sus ideales revolucionarios.



Breve amor, Ernesto y la peruana Hilda Gadea se conocieron en Guatemala y se casaron en México.

Aunque sólo se casó dos veces, varias fueron las mujeres que el Che amó. Y quizás millones quienes, abrazadas a su póster, lo amaron en silencio. Sus biógrafos eligen a la prima de Guevara, Carmen Córdoba de la Serna, como la primera chica por la que el futuro revolucionario se sintió atraído a los 15 años. Unos años más tarde, a fines de los 40, el Che inició su primer noviazgo formal, con la aristocrática joven María del Carmen "Chichina" Ferreyra, a quien llegó a proponerle matrimonio en al menos dos ocasiones. La respuesta, para lamento de Ernesto, fue la misma. Además de que los estudios de medicina en Buenos Aires y los viajes de aventuras con amigos lo alejaban de sus brazos, Chichina sucumbió a los consejos adversos a la relación que sus padres le echaban encima cada vez que el Che cerraba la puerta de calle.

Otra mujer importante en su vida fue inseparable amiga Tita Infante, compañera de la facultad y

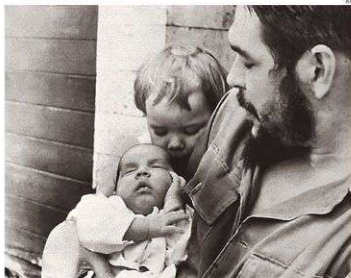
buena conversadora sobre las cuestiones filosóficas y literarias que tanto apasionaban a Ernesto. Durante su primer viaje por Sudamérica, las crónicas dejaron en pie el nombre de la peruana Zoraida Boliarte, asistente de un médico marino.

Durante su segundo viaje por el continente, en la convulsionada Guatemala donde acababan de derrocar al gobierno reformista de Jacobo Arbenz, el Che conoció a una militante izquierdista, la exiliada peruana Hilda Gadea, con quien terminó casándose en Tepozotlán, México, el 18 de agosto de 1955. Hilda estaba embarazada, y las costumbres del inminente guerrillero no eran lo suficientemente liberales como para abandonar los mandatos sociales. Sin embargo, por carta se disculpó con sus padres por no haberse casado por iglesia: "Siento mucho decirles que nuestras convicciones políticas y religiosas nos impiden contraer matrimonio que no sea civil". Su hija Hildita nació el 15 de febrero de 1956. A punto de embarcarse en el yate Granma rumbo a la aventura revolucionaria en Cuba, la relación con Gadea ya estaba agotada.

Entre actos oficiales, trabajo voluntario y una excursión revolucionaria por África que lo alejó de su casa, los Guevara tuvieron a Aleidita, Camilo, Celia y Ernestito.

En las selvas del Escambray, en cambio, la pasión volvió a encender el corazón amoroso del Che. Una joven de 22 años que era buscada por la policía por apoyar a los insurgentes se acababa de sumir a sus columnas: Aleida March Torres, junto a quien entraría triunfante en La Habana el 4 de enero de 1959. Luego de un veloz trámite de divorcio con su primera esposa —quien poco tiempo después se mudaría a Cuba—, el Che y Aleida se casaron el 2 de junio de ese mismo año.

Entre actos oficiales, trabajo voluntario y una larga excursión revolucionaria por África que lo alejó de su casa, el matrimonio Guevara tuvo cuatro hijos: Aleidita, Camilo, Celia y Ernestito. El Che los vio poco, claro. Y fue muy estricto con ellos. Aunque él jamás lo reconoció, algunos biógrafos le atribuyen un hijo extramatrimonial: Omar Pérez, fruto de una supuesta relación con Lidia Rosa López. Antes de caer baleado en Bolivia, también se lo ligó a la alemana Tamara Burke, "Tania", a quien había conocido en Checoslovaquia. Todas ellas, a su modo, también entraron en la historia.



Papá y mamá. Con la revolución triunfante, en enero de 1959, el Che recibió en La Habana la sorpresa visita de sus padres Celia y Ernesto.

Recién casados. Con su habano humilde, el Che conduce en el auto a su flamante esposa, Aleida March. Es el 2 de junio de 1959.

Carlitos. 1960: en brazos del Che, su hijo Ernesto. A su lado, su hija Celia.

El Che, su mujer, un militante peruano y la historia de una particular misión



Ricardo Napuri tiene la mirada escrutadora de un viejo zorro. Nacido en Perú hace 87 años, este estudioso de la teoría marxista tuvo que abandonar su país en 1948, tras negarse a bombardear una sublevación de izquierda cuando era un joven oficial de la fuerza aérea. Gobernaba Perú el general Manuel Odría. Como su madre era argentina, para su exilio Napuri eligió Buenos Aires.

"Empecé a militar en el movimiento Praxis, junto a Silvio Frondizi. Entre otras acciones, y junto a varios familiares del Che Guevara, me había integrado a la comisión de apoyo al Grammo y la guerrilla de Fidel Castro. El 1 de enero de 1959 intentó la revolución, y el comandante Camilo Cienfuegos quiso sorprender al Che invitando a su madre a La Habana. Yo viajé con ella: llegamos el 5 de enero, en el primer avión que dejaron aterrizar. Fue algo increíble. Yo quería conocer al Che, y le pedí a doña Celia que me consiguiera una entrevista con él. Como se iba a negar! Me recibió el 10 de enero. Le pregunté qué podía hacer para ayudar, y me dijo: 'tienes que volver a tu país, porque es necesario incendiar América Latina'. Y antes de despedirme me pidió una misión inusual: que en Perú buscara a su esposa, Hilda Gadea, y le dijera que no fuera a Cuba porque él había conocido a otra mujer durante la guerrilla en el Escambray. Era Aleida March, quien sería su segunda esposa. Se lo veía preocupado por ese tema, porque era muy formal. Yo cumplí, por supuesto. Ella ya sabía del romance, pero quería que fuera el Che quien se lo dijera. Al final tuvo que hacerlo, y se aclaró todo."

El decidido combatiente de la Sierra Maestra titubeaba de enfrentar una de sus batallas más difíciles, pero de la que finalmente también salió airoso: convencer a Hilda de borrar la nueva relación del Che, y aceptó mudarse a La Habana. Mientras, Ricardo volvió a Perú y en 1962 participó de la creación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria peruano, para iniciar una guerrilla. "Volví a Cuba para convencer al Che de que lo invitara a Silvio, porque estaba seguro de que él podría aportar la cultura política que le faltaba a la revolución. Se reunieron varias veces, pero la colaboración no avanzó más allá", repasa Napuri. Apagado sin éxito el fósforo guerrillero de 1965, volvió a embarcarse hacia Buenos Aires, donde fue periodista y delegado gremial en el diario La Razón. De regreso en Perú fundó el partido Vanguardia Revolucionaria, cuyo programa le valió ser deportado al Chile socialista de Salvador Allende en 1973. Luego viajó a Francia, y regresó clandestino a Perú en 1975 para formar el Frente Obrero Campesino, por el cual fue electo constituyente en 1978. Ese año pasó lo peor: junto a una docena de militares y dirigentes, lo encerraron en la deportación... a la Argentina de la dictadura. "Fue parte del Plan Cóndor. Estuvimos presos dieciséis días en el Departamento Central de Policía. Escuchábamos los gritos de los torturados. Nos salvó el Mundial, y la presión internacional por liberarnos", afirma. Lo deportaron a París. En 1985 volvió a Perú, fue senador y cuando acabó su mandato se instaló en Buenos Aires. Acá vive todavía, en un austero departamento de Almagro.

CAE EL GUERRILLERO, NACE EL MITO

Los ojos que enfrentaron a la muerte

La campaña boliviana fue un fracaso. El Che no logra levantar a los campesinos ni el apoyo externo. Hambreado y cansado, el ejército y la CIA lo capturan.



La última foto con vida. El 8 de octubre de 1967, Guevara cayó prisionero en la quebrada del Churo. Lo llevaron a la escuela de La Higuera, y lo mataron al día siguiente.

La idea no era nueva. Más bien había sido siempre su mal disimulada obsesión: dos años después del fallido intento de su amigo el "Comandante Segundo" Ricardo Massetti —que había intentado encender un foco guerrillero en el sur boliviano para entrar en la Argentina por Orán— había llegado el turno de que el "Comandante Primero" continuara la tarea interrumpida. Como siempre, el Che salió en busca de su destino antes siquiera de que la historia se despertara. Pero las cosas salieron mal, igual que en Congo, o peor aún.

El 27 de septiembre, diezmado por las delaciones de los asustados campesinos y las acciones del ejército boliviano, el Che escribe en su diario: "Nuestras bajas han sido muy grandes esta vez, la pérdida más sensible es la de Coco, pero Miguel y Julio eran magníficos luchadores y el valor humano de los tres es imponderable..." Aquellos luchadores eran, además, grandes amigos de Guevara. El 8 de octubre, a las 2 de la madrugada, uno de

los espías del ejército vestido como campesino ve a los guerrilleros tomando agua de un arroyo y hace correr la voz. El cerco final se traza en pocas horas. Dos compañías de rangers, con 145 hombres cada una, pueblan la selva de armas. Llevan, también los trucos y enseñanzas impartidas por los asesores norteamericanos que en un no tan discreto segundo plano esperan que la caza termine de una vez.

A las 5.30, el Che y sus sombríos guerrilleros llegan a la quebrada del Churo, que tiene unos 1.500 metros de largo y 60 de ancho. Su experiencia le dice a Guevara que la mejor hora para enfrentar a sus perseguidores y escapar de ellos es al mediodía. Y a esa hora lo atacan: 13.30. El capitán Gary Prado pide refuerzos para doblegar la dura resistencia de los guerrilleros. Le envían aviones de combate.

El Che está herido en una pierna. Intenta subir por una loma, pero un grupo de soldados le apunta. ¡Jaque mate. Prado ordena que le lleven al prisionero. A las 15.30, La Paz recibe la noticia que tanto esperaba: "Confirmada caída Ramón no sabemos estado hasta diez minutos más". Dos horas más

Atado a los patines de un helicóptero para trasladarlo a la ciudad de Vallegrande, el viento le abre los ojos a su cuerpo yermo. Así lo ve el mundo.

tarde, el ejército abandona el área de operaciones y el Che, con las manos atadas, es trasladado al pueblo de La Higuera. Ahí le toma una de las últimas fotos con vida. A las 18, los generales René Barrientos, Alfredo Ovando y Juan José Torres analizan qué hacer. Hay consultas con el embajador de Estados Unidos, Douglas Henderson. El Che ya está alojado en la escuela de La Higuera, una miserable chabola con dos aulas de adobe.

La decisión está tomada. El agente de la CIA Félix Rodríguez selecciona a tres soldados para asesinar al Che. Mario Reque Terán será quien lo haga. Entra al aula, ayuda a Guevara a pararse y le dice algunas palabras. Está nervioso. "Póngase sereno, usted va a matar a un hombre", le dice su víctima. Entonces da un paso atrás y dispara una ráfaga. Y ora. Son las 13.00 del 9 de octubre de 1967. Atado a los patines de un helicóptero para trasladarlo a la ciudad de Vallegrande, el viento le abre los ojos a su cuerpo yermo. Así lo ve el mundo, cuando exhiben su cadáver en la lavandería del hospital. Le sacan fotos, muchas. Ya entró en la historia.



¿Aún está vivo? No. Ya lo mataron, lo exhibieron y le cortaron las manos para identificarlo. Pero sus ojos, parece, siguen mirando adelante. Más allá.



La Habana, 1960. Durante un acto en repudio por un atentado, el fotógrafo Alberto Díaz Gutiérrez, conocido como Korda, vio que el Che se adelantaba en el palco oficial para observar a la multitud y tuvo tiempo de apretar el obturador dos veces en medio minuto. La historia de esta foto histórica, en la página 2.

La foto

"Guerrillero heroico", la toma icónica del cubano Korda, es considerada como una de las diez mejores fotos de la historia. Y es la imagen más reproducida del mundo.

De cara al mito

Edición General: Silvia Resquet. **Edición y Textos:** Claudio Savoia y Pablo Calvo. **Investigación Fotográfica:** Abel Alexander. **Edición Fotográfica:** Sebastián Alonso y Pablo Carolini. **Diseño:** Ignacio Darraidou y Adriana Pimentel. **Agradecimientos:** Archivo General de la Nación, Eugenio Suárez (Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado de Cuba), Carlos Bastón Chils, César Gotta, Clara Ramis, Eduardo Lee Kelly, Juan Mafud, Myriam Casals y Rogelio García Lauro.